

INFLUENCIA DE LA DIMENSIÓN SOCIO AFECTIVA EN LA FORMACIÓN INTEGRAL EN COLOMBIA

Leidy Carolina Rivera Rivera

Correo:

leidy.criverar@coleropuerto.edu.co

ORCID: 0009-0000-3194-1020

Institución donde labora: Colegio

Municipal Aeropuerto

Colombia

Recibido: 28/08/2025

Mary Luz Martínez Amado

Correo:maryluzmartinez@hotmail.com

Orcid iD:0009-0003-5963-071X

Colegio Municipal Aeropuerto

Colombia

Aprobado: 22/09/2025

RESUMEN

La dimensión socio-afectiva desempeña un papel fundamental en la formación integral de los estudiantes en Colombia, ya que influye directamente en su desarrollo emocional, social y cognitivo. En el contexto educativo colombiano, esta dimensión se relaciona con aspectos como la autoestima, la motivación, las habilidades sociales y la empatía, que son esenciales para promover un aprendizaje significativo y una convivencia armónica en las instituciones educativas. En tal sentido, se plantea como objetivo general analizar la influencia de la dimensión socio afectiva en la formación integral en Colombia. Como resultado, se precisa que la influencia de la dimensión socio-afectiva en la formación integral en Colombia es profunda y multifacética. Contribuye al bienestar emocional, mejora las relaciones interpersonales y fomenta valores cívicos esenciales para construir una sociedad más justa e inclusiva. Para lograrlo, es imprescindible que las instituciones educativas adopten enfoques pedagógicos integrados que promuevan ambientes afectivos positivos y capaciten a los docentes en estrategias socioemocionales. Solo mediante un trabajo conjunto entre política educativa, comunidad educativa y familia será posible potenciar plenamente esta dimensión vital para el desarrollo humano completo en Colombia.

Descriptor: Dimensión socio afectiva, formación integral, desarrollo socio educativo

¹ Leidy Carolina Rivera Rivera identificada con CC. 37.275.571 Licenciada en Educación Básica con Énfasis en Educación Artística. Magister en Educación, estudiante de Doctorado en educación. Docente de básica primaria en la institución Educativa Colegio Municipal aeropuerto.

² Mary Luz Martínez Amado identificada con CC. 37.276.976 Licenciada en Educación Básica con Énfasis en Ciencias Naturales y Educación ambiental. Maestría en Educación y actualmente estudiando Doctorado en educación. Laboro como docente de básica primaria en la institución Educativa Colegio Municipal aeropuerto.

INFLUENCE OF THE SOCIO-AFFECTIVE DIMENSION ON COMPREHENSIVE EDUCATION IN COLOMBIA

ABSTRACT

The socio-affective dimension plays a fundamental role in the comprehensive education of students in Colombia, as it directly influences their emotional, social, and cognitive development. In the Colombian educational context, this dimension is related to aspects such as self-esteem, motivation, social skills, and empathy, which are essential for promoting meaningful learning and harmonious coexistence in educational institutions. In this regard, the general objective is to analyze the influence of the socio-affective dimension on comprehensive education in Colombia. As a result, it is clear that the influence of the socio-affective dimension on comprehensive education in Colombia is profound and multifaceted. It contributes to emotional well-being, improves interpersonal relationships, and fosters civic values essential for building a more just and inclusive society. To achieve this, it is essential that educational institutions adopt integrated pedagogical approaches that promote positive affective environments and train teachers in socio-emotional strategies. Only through collaborative efforts between educational policy, the educational community, and families will it be possible to fully enhance this vital dimension for complete human development in Colombia.

Descriptors: Socio-affective dimension, comprehensive education, socio-educational development.

Los fundamentos de la educación socioafectiva emocional encuentran sus raíces en las importantes contribuciones de la psicología y la pedagogía, que han enfatizado la importancia del desarrollo integral del ser humano. Desde principios del siglo XX, movimientos pedagógicos como la escuela nueva, la escuela activa y la educación progresiva propusieron un enfoque centrado en el niño y en su desarrollo emocional, cognitivo y social. Estas corrientes buscaban transformar los métodos tradicionales de enseñanza, promoviendo ambientes educativos donde la afectividad tuviera un papel relevante en el proceso de aprendizaje, reconociendo que las emociones influyen directamente en la adquisición de conocimientos y habilidades.

Por su parte, la educación progresista profundizó en la idea de preparar a los estudiantes para afrontar los desafíos de la vida mediante una formación integral. Reconoció que las competencias socioemocionales son tan importantes como las habilidades cognitivas para lograr una adaptación exitosa a diferentes contextos sociales. La pedagogía progresista promovió prácticas educativas que favorecieran el reconocimiento y gestión de las emociones, así como el desarrollo de habilidades sociales como la empatía, la cooperación y el respeto mutuo. De esta manera, se consolidó una visión holística del proceso educativo donde lo afectivo tiene un papel central.

Estas corrientes pedagógicas también aportaron a la comprensión de que el ambiente escolar debe ser un espacio seguro y afectivamente positivo para facilitar

el aprendizaje. La creación de relaciones afectuosas entre docentes y estudiantes favorece un clima escolar propicio para el crecimiento emocional y social. Además, subrayaron que enseñar valores como la solidaridad, la tolerancia y el autocuidado contribuye a formar individuos emocionalmente competentes capaces de relacionarse armónicamente con su entorno. La influencia de estos movimientos sigue vigente en las propuestas actuales de educación socioemocional. En tal sentido, Trianes y García (2022) plantea que:

Los fundamentos de la educación socioafectiva emocional hay que buscarlos en las grandes aportaciones de la psicología y pedagogía. Entre ellos están los movimientos de renovación pedagógica con sus diversas ramificaciones: escuela nueva, escuela activa, educación progresiva, etc, que se proponían una educación integral que prepara para la vida, en la que la afectividad tiene un papel relevante (p. 83).

Desde estas perspectivas históricas se puede entender que la educación socioafectiva no es un añadido sino una parte esencial del proceso formativo. La integración de aspectos emocionales en los programas educativos responde a una visión humanista que reconoce al estudiante como un ser completo con necesidades cognitivas y afectivas interrelacionadas. La atención a las emociones ayuda a potenciar motivación, resiliencia y bienestar psicológico, elementos fundamentales para un aprendizaje efectivo y para una convivencia armoniosa en los entornos escolares.

Así mismo, estos movimientos pedagógicos abogaron por metodologías que permitieran a los niños expresar sus sentimientos y desarrollar habilidades emocionales desde temprana edad. La utilización de actividades lúdicas, debates

reflexivos o trabajos cooperativos son ejemplos prácticos derivados de estas ideas fundacionales. Estas estrategias facilitan que los estudiantes tomen conciencia de sus emociones, aprendan a regularse y establezcan relaciones empáticas con sus pares, aspectos clave para fortalecer su inteligencia emocional.

Los grandes aportes de la psicología y pedagogía han establecido sólidas bases teóricas para promover una educación integral donde lo afectivo tenga un papel destacado. Los movimientos renovadores pedagógicos han sido pioneros en reconocer que preparar para la vida implica también cultivar habilidades socioemocionales esenciales para afrontar retos personales y sociales. La historia educativa muestra cómo estas ideas han evolucionado hasta convertirse en componentes fundamentales en las propuestas contemporáneas de educación socioemocional, reafirmando su relevancia para formar personas completas y responsables.

Es por ello que diversos estudios realizados en Colombia han evidenciado que, al promover la utilización por parte de los docentes de estrategias que fortalezcan la dimensión socio-afectiva, el resultado son ambientes escolares más inclusivos y motivadores. Eso implica no solo un mejor rendimiento académico, sino también un bienestar emocional en los estudiantes, quienes se sienten más seguros de expresar sus opiniones y de enfrentar nuevos desafíos. La formación integral necesariamente tiene que ir más allá de la mera adquisición de conceptos técnicos y teóricos, es decir, debe incluir el desarrollo de habilidades socio-afectivas

necesarias para convertirse en ciudadanos responsables, solidarios y respetuosos de sus pares.

En este sentido, la cada vez más mencionada cultura de los colegios colombianos acerca de la importancia de abordar las dimensiones emocionales y sociales en el currículo. Específicamente, los programas centrados en la educación socioemocional buscan fortalecer las habilidades de empatía, autorregulación y resolución pacífica de conflictos. El objetivo prioritario de esto es disminuir fenómenos como la violencia escolar, el acoso escolar o el ausentismo, en post de una mejora en el clima escolar. Por lo tanto, es imprescindible la formación docente, ya que de ella dependerá que haya o no prácticas de aula que integren lo cognitivo y lo afectivo.

Otro factor relevante a considerar son las influencias de la dimensión socio-afectiva en la identidad y la ciudadanía. Al sentirse emocionalmente fuertes, robustecer la autoestima y el sentido de pertenencia, los jóvenes son más proclives a participar activamente en proyectos colectivos y acciones de solidaridad. La formación integral busca preparar a los jóvenes para más que rendir bien en los exámenes o adquirir conocimientos técnicos. Pretende formar sujetos activos, capaces de transformar su entorno más inmediato. En este sentido, las emociones positivas y las habilidades sociales actúan como facilitadores del liderazgo social. Ante ello, Flórez (2005) plantea:

La tendencia natural en el desarrollo del niño, observada por Piaget, es que precisamente el complemento consecuente del desarrollo intelectual es el

desarrollo de su personalidad, en el sentido principal de afianzar su autonomía; es decir, llegar a ser capaz de pensar por sí mismo, con sentido crítico, teniendo en cuenta los puntos de vista tanto teóricos como prácticos de los demás. (p. 43)

Desde esta mirada, lo cognoscitivo y lo socioafectivo, son los pilares centrales en la formación del ser humano; son inseparables y totalmente complementarios. Una teoría que tiene como aspecto fundamental la interacción del individuo consigo mismo, con la sociedad y con su entorno (p. 43).

Desde esta comprensión, es posible entender que lo cognitivo y lo socioafectivo son dos dimensiones fundamentales para el desarrollo integral del ser humano suelen estar estrechamente relacionadas e interactúan de manera permanente; es decir, no pueden entenderse como procesos independientes y superpuestos. Por una parte, lo cognitivo se refiere a la inteligencia, el proceso de adquisición de conocimientos, habilidades y capacidades mentales, que permiten comprender, razonar y actuar en el mundo de forma consciente y responsable. A diferencia de esto, lo socioafectivo contempla la dimensión emocional, los valores y las actitudes vinculadas a la moral y ética, y las habilidades sociales para relacionarse sanamente con los demás y la sociedad. En este sentido, no basta con aprender de los hechos redituables, sino que es necesario cultivar la empatía, el respeto por el otro y la autonomía para desarrollarse en comunidad.

Una teoría que sustenta esta visión es la que destaca la interacción del individuo consigo mismo, con la sociedad y con su entorno. En este sentido, el aprendizaje no es un proceso aislado o unilateral; es producto de la permanente interacción entre el sujeto y su ámbito social. La interacción con otros le permite al

individuo desarrollar habilidades sociales, empatía y pensamiento crítico; la relación consigo mismo favorece la autoconciencia y autocontrol emocional. Por su parte, el entorno se comporta como mediador de dicho proceso, al proveer experiencias que enriquecen lo cognitivo y socioafectivo.

Asimismo, este enfoque destaca que el desarrollo integral también necesita de ambientes formativos y sociales que potencien estas interacciones dinámicas. La escuela, por ejemplo, debe ser un espacio donde se fomente el pensamiento crítico y las habilidades emocionales y sociales mediante actividades colaborativas, debates y proyectos participativos. La interacción activa con pares, profesores y la comunidad en general contribuye a forjar una identidad fuerte basada en la ética y la razón. Así, se construye un ser humano capaz de esgrimir ideas críticas, así como mantener estados empáticos y responsables. En tal sentido, Trianes y García (2022) plantea que:

La intervención psicoeducativa ha sido un área muy productiva en generar modelos, datos de investigación y materiales para la educación social y afectiva. Los objetivos de dominio personal se integran con objetivos de dominio social y moral en materiales que buscan o persiguen una educación integral de la persona, en alumnos de educación infantil, primaria y secundaria obligatoria. Existe un continuo trasvase entre la teoría y modelos conceptuales en el estudio de la competencia social, la moralidad o las emociones, y los enfoques de intervención que aplican estos conceptos al diseño de materiales e investigan la efectividad de los mismos (p. 76).

A través de la creación de modelos teóricos y materiales específicos, esta área ha facilitado estrategias para fortalecer competencias que permiten a los alumnos gestionar sus emociones, relacionarse positivamente con sus pares y

actuar con responsabilidad moral. La integración de objetivos de dominio personal con objetivos sociales y morales refleja una visión holística del proceso educativo, donde el crecimiento emocional y ético se consideran esenciales para formar individuos equilibrados y comprometidos con su entorno.

En el contexto de la educación infantil, primaria y secundaria obligatoria, estos materiales buscan no solo mejorar las habilidades interpersonales sino también promover valores como la empatía, la cooperación y la justicia. La finalidad es que los alumnos desarrollen una autoconciencia emocional sólida, que les permita regular sus sentimientos y comportamientos en diferentes situaciones sociales. Estos recursos fomentan la reflexión moral, ayudando a los estudiantes a comprender las implicaciones éticas de sus acciones y a tomar decisiones responsables. De esta manera, la intervención psicoeducativa se convierte en un medio para alcanzar una educación más humanista y centrada en el desarrollo integral del niño y adolescente.

Existe un flujo constante entre la teoría y los modelos conceptuales en este campo, lo que permite una comprensión profunda de conceptos como competencia social, moralidad o gestión emocional. Los enfoques teóricos proporcionan las bases para diseñar intervenciones efectivas, mientras que los resultados empíricos derivados de investigaciones validan o ajustan estos modelos. Este intercambio dinámico favorece la innovación pedagógica y asegura que las estrategias aplicadas sean fundamentadas en evidencia científica sólida. En consecuencia, se

promueve una práctica educativa basada en conocimientos actualizados que responden a las necesidades reales de los alumnos.

Por otro lado, los enfoques de intervención aplicados a estos conceptos buscan traducir las teorías en materiales didácticos prácticos y programas específicos. Estos materiales incluyen actividades lúdicas, talleres, programas curriculares o recursos digitales diseñados para facilitar el aprendizaje socioemocional y moral. La investigación sobre su efectividad es crucial para determinar qué metodologías producen cambios positivos en las conductas, actitudes o habilidades sociales de los estudiantes. La evaluación continua permite ajustar las intervenciones para maximizar su impacto y adaptarlas a diferentes contextos culturales o escolares. Por tal motivo, Baker (2018) señala que:

Al educar estudiantes nos planteamos que no queremos enseñar habilidades sociales como conductas discretas de las que pueda servirse el individuo para lograr sus fines y objetivos, sino desde una perspectiva humanista, queremos formar personas maduras, que tengan las habilidades sociales suficientes para tener apoyos y amistades, afectos y amores, felicidad personal, y que participen creativamente en la construcción y mantenimiento de nuestra sociedad democrática, integrando las diferencias entre las personas y asimilando la necesidad de ser solidarios y saber cooperar buscando objetivos colectivos (p. 46).

Desde una perspectiva humanista, el objetivo principal es formar personas maduras y completas, capaces de establecer relaciones afectivas significativas, como apoyos, amistades, amores y vínculos que contribuyen a su felicidad personal. Este enfoque reconoce que las habilidades sociales no solo sirven para la interacción cotidiana, sino que también son fundamentales para el desarrollo emocional y social del individuo en un contexto más amplio. La formación integral

busca que los estudiantes puedan gestionar sus emociones y relaciones de manera consciente y responsable, promoviendo su bienestar emocional y social.

Asimismo, Baker (2018) señala que estas habilidades deben estar orientadas a facilitar la participación activa en la construcción de una sociedad democrática. La educación no solo debe preparar a los individuos para sus objetivos personales, sino también para contribuir al bien común mediante la cooperación y el respeto por las diferencias entre las personas. La inclusión de valores como la solidaridad, la empatía y el reconocimiento de la diversidad es esencial para fortalecer los vínculos sociales y promover una convivencia pacífica y respetuosa. En este sentido, las habilidades sociales se convierten en herramientas para fomentar una ciudadanía participativa y comprometida con los principios democráticos.

Desde esta visión humanista, el desarrollo de habilidades sociales implica también aprender a colaborar en objetivos colectivos, entendiendo que el bienestar individual está estrechamente ligado al bienestar social. La cooperación se presenta como un valor fundamental que permite a las personas trabajar juntas hacia metas comunes, respetando las diferencias culturales, ideológicas o personales. La adquisición de estas competencias favorece no solo la integración social sino también la resolución pacífica de conflictos y la promoción de un entorno inclusivo donde todos puedan sentirse valorados y escuchados.

En tal sentido, se requiere un cambio en los enfoques tradicionales de enseñanza, promoviendo metodologías que fomenten experiencias significativas y participativas. Es decir, no basta con enseñar habilidades sociales como conocimientos teóricos; es necesario crear espacios donde los estudiantes puedan practicar, reflexionar y consolidar esas habilidades en contextos reales o simulados. La educación humanista apuesta por el aprendizaje experiencial, donde el desarrollo emocional y social se integra en todas las áreas curriculares y actividades escolares.

Por otro lado, esta visión también implica reconocer que las diferencias entre las personas enriquecen a la comunidad educativa. La aceptación y valoración de la diversidad son aspectos clave para construir relaciones basadas en el respeto mutuo. Los estudiantes deben aprender a asimilar que las diferencias culturales, sociales o individuales no son obstáculos sino oportunidades para ampliar su comprensión del mundo y fortalecer su empatía. Así, las habilidades sociales se convierten en instrumentos para promover una convivencia basada en la igualdad y el reconocimiento del otro.

Según Baker (2018), educar desde una visión humanista significa cultivar habilidades sociales con un propósito profundo: formar personas maduras emocionalmente responsables que participen activamente en la construcción de una sociedad más justa e inclusiva. Este enfoque promueve valores como la solidaridad, el respeto por las diferencias y la cooperación como pilares fundamentales del desarrollo personal y social. La educación debe ser un proceso

integral que prepare a los individuos no solo para sus objetivos inmediatos sino también para su papel activo en una comunidad democrática basada en valores éticos compartidos. En un sentido más amplio, Ojalvo (2016) plantea que:

La educación socioafectiva es un proceso educativo intencionado, sistemático y permanente cuyo objetivo es potenciar el desarrollo social, ético y emocional, a partir de la interacción social, en el marco de una cultura y valores deseados, como expresión de la unidad de lo cognitivo, afectivo y valorativo del desarrollo de la personalidad integral y auto-determinada, para facilitar la convivencia, el bienestar personal y social (p. 2).

El proceso educativo puede entenderse como una intervención intencionada, sistemática y continua que busca promover el desarrollo integral de la persona en sus dimensiones social, ética y emocional. Este proceso no es aleatorio ni improvisado; por el contrario, está cuidadosamente planificado para facilitar aprendizajes significativos a través de la interacción social en contextos educativos formales e informales. La intencionalidad del proceso radica en orientar las acciones pedagógicas hacia metas específicas relacionadas con la formación de individuos responsables, solidarios y emocionalmente equilibrados, capaces de contribuir positivamente a su comunidad.

Asimismo, la sistematicidad implica que este proceso se desarrolla de manera coherente y ordenada, siguiendo un marco teórico y metodológico que garantiza la continuidad y progresión en los aprendizajes. La permanencia del proceso asegura que estas acciones no sean efímeras sino sostenidas en el tiempo, permitiendo así consolidar habilidades sociales, valores éticos y competencias

emocionales que forman parte del desarrollo personal. La interacción social en este contexto es fundamental, ya que favorece la construcción de relaciones basadas en el respeto mutuo, la empatía y la cooperación, elementos esenciales para una convivencia armoniosa.

Este enfoque reconoce que el desarrollo social, ético y emocional está estrechamente ligado a los valores culturales compartidos y a las normas sociales deseables dentro de una comunidad educativa. La cultura y los valores actúan como marco referencial que orienta las prácticas educativas hacia objetivos comunes relacionados con la justicia, la solidaridad y el respeto por las diferencias. La educación busca así fortalecer una identidad colectiva basada en principios éticos que promuevan la unidad social y el bienestar colectivo, sin perder de vista la autonomía y autodeterminación de cada individuo.

El concepto también destaca que estos aspectos del desarrollo humano están integrados en un todo indivisible: lo cognitivo, lo afectivo y lo valorativo conforman una unidad dinámica en el proceso de formación de la personalidad. La adquisición de conocimientos debe ir acompañada del fortalecimiento de habilidades emocionales y del compromiso ético con los demás. De esta manera, se fomenta una personalidad auto-determinada capaz de tomar decisiones responsables desde un marco moral sólido, promoviendo así su autonomía personal y social. Por tal motivo, Castellanos (2012) plantea que:

Se trata de formar la personalidad de los futuros profesionales con vistas a que sean portadores de los más elevados valores y principios que son el

fundamento de nuestra identidad nacional y puedan insertarse solidaria y eficientemente en el mundo (p. 144).

Facilitar la convivencia es uno de los principales objetivos del proceso educativo descrito. Para ello, se requiere crear ambientes escolares donde prevalezcan relaciones respetuosas, inclusivas y empáticas. El bienestar personal y social se logra mediante estrategias pedagógicas que promuevan habilidades sociales como la comunicación efectiva, la resolución pacífica de conflictos y la empatía. Estas competencias permiten a los individuos desenvolverse con éxito en diferentes ámbitos sociales, contribuyendo a construir comunidades más justas y cohesionadas.

En síntesis, este modelo de proceso educativo plantea que el aprendizaje no solo consiste en adquirir conocimientos académicos sino también en desarrollar capacidades socioemocionales y éticas fundamentales para una vida plena. La interacción social actúa como vehículo principal para potenciar estos aspectos del crecimiento personal. Además, al estar fundamentado en una cultura compartida y valores deseables, favorece la formación de sujetos autónomos responsables que participan activamente en su entorno con sentido crítico y compromiso ético. Es un enfoque integral que busca preparar personas capaces de convivir armónicamente consigo mismas y con los demás.

Comprender esta visión del proceso educativo resalta su carácter transformador: no solo forma individuos competentes sino también ciudadanos conscientes de su papel en la sociedad. La educación intencionada, sistemática y

permanente es clave para lograr un desarrollo humano equilibrado donde lo cognitivo se integre con lo afectivo y valorativo. Solo así será posible construir comunidades más humanas, justas e inclusivas donde prevalezca el bienestar colectivo sustentado en valores sólidos y relaciones respetuosas. Este enfoque invita a repensar las prácticas pedagógicas para hacerlas más humanas, integradoras y orientadas hacia un futuro más solidario.

En este sentido, la educación socioafectiva adquiere una gran relevancia, ya que, como señalan Ojalvo y Curiel (2015), constituye un objetivo formativo fundamental para el crecimiento integral de las personas. Esta disciplina no solo favorece el desarrollo de habilidades sociales y emocionales, sino que también sienta las bases psicológicas del desarrollo moral de la personalidad. Es decir, la educación socioafectiva contribuye a que los individuos puedan comprender, gestionar y expresar sus emociones de manera adecuada, así como a desarrollar valores éticos y actitudes responsables en sus relaciones con los demás.

Además, Ojalvo y Curiel (2015) destacan que esta formación es primordial tanto para el ámbito profesional como para el personal. En el plano profesional, la competencia socioafectiva facilita la interacción efectiva en equipos de trabajo, fomenta la empatía y mejora las habilidades de comunicación, aspectos esenciales en cualquier entorno laboral. En el plano personal, ayuda a fortalecer la autoestima, promover relaciones saludables y cultivar una actitud ética basada en el respeto y la solidaridad. Por lo tanto, la educación socioafectiva no solo impacta en el

bienestar emocional individual, sino que también influye positivamente en la convivencia social y en la construcción de comunidades más humanas y justas.

Este enfoque reconoce que el desarrollo moral está estrechamente ligado a las capacidades afectivas y sociales del individuo. La formación en habilidades socioemocionales permite a las personas interiorizar valores como la empatía, la responsabilidad y la justicia, que son fundamentales para tomar decisiones éticas y actuar con integridad. Así, se promueve una personalidad equilibrada donde lo cognitivo se complementa con lo afectivo y lo valorativo, formando sujetos autónomos capaces de convivir armónicamente con los demás.

En definitiva, Ojalvo y Curiel (2015) subrayan que invertir en educación socioafectiva es esencial para potenciar no solo competencias técnicas o académicas sino también cualidades humanas que sustentan una vida ética y plena. La adquisición de estas habilidades favorece un desarrollo moral sólido, que se refleja en comportamientos responsables y respetuosos hacia uno mismo y hacia los otros. Por ello, integrar la educación socioafectiva en los programas formativos resulta imprescindible para formar personas completas, capaces de afrontar los desafíos personales y sociales con madurez emocional y ética sólida.

Es por ello que Viñaz (2012) plantea que:

Lograr la formación académica que estén a la altura de su tiempo es una tarea ardua que demanda superar las posiciones intelectualistas que han predominado y considerar la utilidad de la educación socioafectiva como vía para contribuir a la formación integral de la personalidad, por la

importancia que tienen los afectos para lograr el desarrollo moral, la sensibilidad ante los problemas sociales (p. 43).

Según el autor, estas últimas tienden a centrarse únicamente en el desarrollo cognitivo y en la adquisición de conocimientos, dejando de lado aspectos fundamentales del ser humano. En este contexto, el autor destaca la importancia de considerar la utilidad de la educación socioafectiva como un camino esencial para promover una formación integral de la personalidad.

Según Viñaz (2012), los afectos desempeñan un papel crucial en el proceso de desarrollo moral y en la sensibilidad frente a los problemas sociales. La educación socioafectiva contribuye a fortalecer las capacidades emocionales y sociales, permitiendo que los individuos no solo tengan conocimientos, sino también una conciencia ética y una empatía activa hacia los demás. Esto resulta fundamental para formar personas responsables, sensibles y comprometidas con su entorno social.

Además, el autor señala que integrar la dimensión socioafectiva en la educación ayuda a desarrollar habilidades como la empatía, la solidaridad y la responsabilidad social, que son indispensables para afrontar los desafíos éticos y sociales actuales. La formación integral no puede limitarse solo a lo intelectual; debe incluir también aspectos afectivos y morales que permitan a las personas actuar con sensibilidad y compromiso frente a las problemáticas sociales.

Es por ello que, Viñaz (2012) plantea que para lograr una educación verdaderamente pertinente y efectiva en nuestro tiempo, es necesario superar

enfoques exclusivamente intelectualistas e incorporar estrategias que favorezcan el desarrollo socioafectivo. Solo así se podrá contribuir a formar individuos completos, capaces de comprender y responder con sensibilidad ante los problemas sociales, promoviendo así un desarrollo moral sólido y una participación activa en la construcción de una sociedad más justa y humana.

REFERENCIAS

- Baker, J. (2008). Are we missing the forest for the trees? Considering the social context of school violence. *Journal of School Psychology*, 36(1), 29-44.
- Bisquerra, R. (2000). *Educacional emocional y bienestar*. Barcelona: Praxis.
- Blatt, M. y Kohlberg, L. (1975). The effects of classroom moral discussion upon children's moral judgment. *Journal of Moral Education*, 4, 129-161.
- Castellanos, D. (2002): *Aprender y Enseñar en la Escuela: una Concepción Desarrolladora*, La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
- Flores, D. (2005). *Los niños y las emociones*. Madrid.
- Ojalvo, V. (2016): «Por qué educación socio-afectiva en la universidad cubana», ponencia, XIII Coloquio de Experiencias Educativas en el contexto universitario, Asociación de Pedagogos de Cuba en la Universidad de La Habana, La Habana.
- Ojalvo, V. y Curiel, L. (2015): «La formación integral del estudiante y la formación continua de los profesores en la educación superior cubana. El papel de la Responsabilidad Social Universitaria (RSU) en su consecución», *Journal of Educational, Cultural and Psychological Studies*, pp. 257-282, n.º 12.
- Sánchez, A. (2021). *Educación afectiva*, País Vasco: Servicio editorial de la Universidad del País Vasco.
- Trianes, M. y García, A. (2022) *Educación socio-afectiva y prevención de conflictos interpersonales en los centros escolares*. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, núm. 44, agosto, 2002, pp. 175-189. Universidad de Zaragoza
- Viñas, G. (2012): *Relación entre los componentes del proceso de enseñanza aprendizaje y su incidencia en el desarrollo de la responsabilidad en estudiantes*, en Ana Luisa Segarte (comp.), *Didáctica básica para estudiantes de Psicología*. Selección de lecturas, pp. 252-261, La Habana: Editorial Félix Varela.